

te y D. Lorenzo de Zavala (yucateco), de vicepresidente, preparándose desde luego para la lucha, pues comprendían perfectamente que el gobierno de México enviaría un numeroso ejército para someterlos á su obediencia.

CAPITULO II.

Pronunciamiento de Zacatecas y derrota del gobernador García.—Campana de Texas.

En 1835, el general D. Antonio López de Santa Anna ocupaba la presidencia de la República, y el Congreso, con el fin de limitar el poder de los Estados, mandó, por una ley expedida el 31 de Marzo de ese año, que «la milicia cívica de los Estados, distritos y territorios, se redujera á lo que diera la base de un miliciano por cada quinientos habitantes, organizada conforme á la ley de la materia.» Varios gobernadores protestaron contra esta disposición, considerándola atentatoria á su soberanía, y al fin se conformaron, á excepcion de D. Francisco García, gobernador de

Division de vanguardia: jefe general D. Joaquín Ramirez y Sesma.

- Batallones de infantería Jimenez, Matamoros y Activo de San Luis.

- 8 piezas de artillería.

- Regimientos de caballería de Dolores, Veracruz, Coahuila y Presidial.

- Total: 1541 hombres.

- Primera brigada de infantería: general D. Antonio Gaona.

Batallones de Zapadores, Aldama, activos de Querétaro y Toluca, Auxiliares de Guanajuato y Presidiales. Además, una batería de 6 cañones.

Total: 1,600 hombres.

Segunda brigada de infantería: general Eugenio Tolsa.

- Batallones de Morelos, Guerrero, Activos de México, Tres Villas y Guadalupe y una batería de 6 piezas.

Total: 1839 hombres.

Brigada de caballería: general D. Juan José Andrade.

Regimientos permanente de Tampico y Activo de Guanajuato con 437 hombres.

Seccion Urrea: general D. José Urrea.

Batallon activo de Yucatan y piquetes de varios cuerpos de infantería y caballería y una pieza de artillería.

Total: 600 hombres:

El general en jefe con la division de vanguardia ocupó á San Antonio Bejar el 23 de Febrero, y tan pronto como llegaron los batallones Zapadores, Aldama y Toluca, pertenecientes á la primera brigada de infantería, el general Santa Anna, con 1,400 hombres escogidos, se preparó á obrar sobre la fortaleza del Alamo, á donde se habian refugiado los rebeldes al mando de Bowiez, Travis y Crockett.

El 6 de Marzo se emprendió el asalto, tomándose el fuerte, pero con una pérdida por parte nuestra de 26 oficia-

les y 258 soldados, muertos ó heridos. Los enemigos perecieron todos, pues, como dice el general Santa Anna en su parte, los que no murieron en el combate y « quisieron escapar de las bayonetas de la infantería, fueron á caer « bajo los sables de la caballería. » Entre los heridos nuestros se encontraban los coroneles D. Benito de Zenea y D. Francisco Duque de Estrada, jefe este último del Batallon de Toluca, y no obstante su mucha gravedad « desde el « suelo en donde estaba postrado, pisoteado de sus mismos subordinados, los « alentaba al asalto. »

Un subteniente de aquel batallon, y que hoy es general del ejército, nos ha referido que el sargento primero Vicente Serrano, cayó al suelo con el pecho traspasado por una bala y apoyándose con su fusil que tenia en la mano derecha, gritaba á sus muchachos: *adentro*

Toluca, no pierdas el fama, y á poco de pronunciar estas palabras espiró gloriosamente.

Algunos historiadores aseguran que los defensores del fuerte del Alamo estaban dispuestos á rendirse si se les garantizaba la vida; pero segun nos manifiestan algunos testigos presenciales, que son dignos de toda fé, nunca hicieron tal proposicion; si el general Santa Anna desplegó contra ellos el mayor rigor, fué por no dejar ningun enemigo á retaguardia y poder continuar sin obstáculos la campaña.

Dice el Sr. Roa Bárcena, en su obra ya citada, que el plan del general en jefe fué el hacer obrar varias brigadas ó secciones, por centro, izquierda y derecha, sobre Goliath, el Cópago y demás puntos de la costa y de la línea de Béjar á Bastrop, para que afluyeran en seguida al cuartel general, que se establecería en San Felipe de Austin.

El general Urrea y el coronel D. Juan Morales se apoderaron del fuerte de Goliat y habiéndolo abandonado el coronel Faning, se lanzaron en persecucion de éste, dándole alcance el 20 de Marzo y lo hicieron prisionero con 400 de sus soldados.

Y nos es penoso decir que el general Santa Anna mandó fusilar á todos, y como quiera que ya el general Urrea ya les había garantizado la vida, el primero insistió en la ejecucion, mandando á su ayudante el general Miñon para que la presenciara y diera parte de su cumplimiento.

Todas las operaciones del ejército iban siendo ejecutadas con buen éxito, pero el rigor desplegado era terrible: las poblaciones fueron entregadas á las llamas por los vencedores, y la muerte era la que esperaba á los prisioneros, así es que los Tejanos, al ver que no se les da-

ba cuartel, se propusieron vender caras sus vidas, para lo cual contaban con los auxilios de los Estados Unidos, al grado de que en Nueva Orleans se enganchaban públicamente una multitud de aventureros.

El 7 de Abril llegaron los generales Santa Anna y Filisola á San Felipe de Austin, donde por un prisionero supieron que Houston, presidente de la llamada república tejana, se encontraba con 800 hombres á 15 leguas de allí, « con intenciones de retirarse al río « Trinidad, si los mexicanos atravesaban el « Brazos. »

El día 9 salió el general Santa Anna de Austin, con 100 hombres, y despues de batir un destacamento enemigo se posesionó del paso de Thompson, donde se le incorporó el 13 el general Ramírez y Sesma con sus fuerzas. Dejando á éste y al general Filisola, salió el

14 en la tarde con 700 soldados y una pieza de artillería. La marcha hecha por pantanos y arroyos, fué sumamente penosa, y al día siguiente á las doce de él, llegó la division acosada por el hambre y la sed á una magnífica hacienda de campo, en la que habia todo lo necesario. El general en jefe mandó hacer alto, se dió un excelente rancho á la tropa, y despues de tres horas de descanso, se continuó la jornada, llegándose á las once de la noche á Harrisbourg. Por dos impresores norteamericanos aprehendidos, se supo que en la mañana de ese mismo día se habian marchado para Galveston, D. Lorenzo de Zavala y demás individuos que formaban el titulado gobierno tejano.

El coronel D. Juan N. Almonte, hijo del ilustre D. José María Morelos, á cuyo lado comenzó su carrera militar, llegando en 1853 á la más alta graduacion

en el ejército, fué enviado de Harrisburg el día 16 de Abril en la tarde, sobre New-Washington al frente de la caballería, y el 17 tomó la misma direccion la infantería mandada por el mismo general Santa Anna. En la noche á las diez, sin saber siquiera el camino que se llevaba, se desató un aguacero torrencial, y nuestros valientes y heroicos soldados tuvieron que sufrir el agua sobre su puesto, pasando el resto de la noche. Al amanecer del 18 continuó la division, con la ropa empapada, llegando al medio día á New-Washington, donde por fortuna pudo surtirse de harina, jabon, tabaco y otra porcion de víveres. Además, el coronel D. Pedro Delgado (1) pudo conseguir en las in-

(1) El Sr. Delgado publicó una relacion muy minuciosa sobre la expedicion de Texas, y varios historiadores la han reproducido íntegra. Nosotros tambien nos servimos de ella, así como de la obra del Sr. Roa Bárcena, que ya hemos citado y

mediaciones más de cien cabezas de ganado.

El 20 tuvo noticia el general en jefe por el capitán Barragan á quien habia destacado la tarde anterior en observacion del enemigo, que Houston acababa de llegar al paso de Linchburg, á tres leguas de New-Washington. El general Santa Anna en el momento de oír el mensaje del capitán Barragan, salió con la mayor precipitacion en busca de los tejanos, cuyas avanzadas se encontraron á las dos de la tarde á la orilla de un gran bosque, donde se ocultaba el grueso de la fuerza. Aunque el general en jefe quiso atacarle inmediatamente no pudo descubrir su escondite y ordenó que la compañía de Toluca la estuviera tiroteando, así como que la

de los informes verbales que nos han dado algunos presenciales, que recuerdan muy bien los acontecimientos al cabo de medio siglo.

única pieza de artillería que se llevaba, se situara en una lomita para romper el fuego sobre el enemigo.

El general Santa Anna se marchó de allí para reconocer el terreno, y acampó con el resto de las fuerzas á una milla de distancia sobre la orilla de la laguna de San Jacinto. Poco despues ordenó se retirara la compañía de Toluca y el cañon de artillería, siendo perseguida por una fuerza enemiga de caballería que á la vez lo fué por una partida nuestra de dragones, trabándose un combate á la arma blanca.

El siguiente dia, 21, se incorporó el general D. Martin Cos con 400 infantes pero como no habian comido ni dormido durante 24 horas, se les permitió acostarse y lo mismo hicieron el general Santa Anna y sus tropas, pues todos estaban muy fatigados, quedándose de vigilante el general Castrillon. A las

cuatro y media de la tarde en que todos dormían, no estando nadie en su puesto, el enemigo avanzó sobre la línea de la derecha, en número de mil hombres formando una columna de ataque con dos piezas de artillería. Nuestras tropas y sus jefes se levantaron inmediatamente, poniéndose sobre las armas, pero como todo era confusión, la derrota fué completa, muriendo el general Castrillon y los coroneles Batres y Treviño. Cayeron prisioneros 600 soldados y considerable número de jefes y oficiales, contándose entre ellos el general D. Martin Cos y los coroneles Almonte y Delgado. El general Santa Anna pudo huir, pero fué aprehendido por una partida de tejanos, presentándose al vencedor á las dos de la tarde del día 22. Como el general iba disfrazado, no se sabía quien era, y se nos asegura por testigos presenciales de

aquella campaña, que el funesto D. Lorenzo de Zavala fué quien lo dió á conocer.

El general Santa Anna, que tanta gloria conquistó en las riberas de Pánuco el 11 de Setiembre de 1829, al caer prisionero en San Jacinto tuvo la debilidad de acceder a las pretensiones de los vencedores, y ordenó á su segundo en jefe el general Filisola se retirara al otro lado del Rio Colorado, dejando así libre el territorio á los colonos usurpadores, y el 14 de Mayo siguiente firmó con Houston un tratado, obligándose á no volver á tomar las armas contra los tejanos, é influir en que no se enviasen tropas de México en tanto que nuestro gobierno no llegaba á reconocer la independencia de Texas.

Conforme al derecho de gentes ningún monarca ni general en jefe, que esté prisionero, tiene ya ninguna autor-

dad sobre sus súbditos y soldados, pero olvidándolo el general Filisola, procedió á concentrar sus fuerzas en San Felipe Austin, que se componian de 4,078 hombres al mando de los generales Ramirez y Sesma, Andrade y Urrea, retirándose á Matamoros, cuando bien pudo seguir la campaña contra los rebeldes tejanos, que no excedian de 2,000 hombres, y esto diseminados en todo el país.

Siempre los errores de nuestros generales han sido causa de grandes males para México, pero justo es decir que han sido de buena fé, pues nunca les ha faltado valor ni patriotismo. Tampoco nuestros gobiernos por las mezquinas pasiones de partido, han sabido corresponder á sus servicios y los pocos oficiales que sobreviven están completamente olvidados y muchos en su ancianidad no tienen un pedazo de pan que llevar á la boca.

Uno de esos oficiales es el Sr. D. Domingo Soto Mayor, hoy coronel con grado de general, quien se encuentra colocado de recaudador de la garita del Niño Perdido, cuando el gobierno debería asignarle una pension decente, como premio de más de medio siglo de servicios.

Tambien viven el entónces capitán D. Miguel Andrade y los subtenientes D. Leonardo Márquez, D. José María Alfaro y D. Alejo Barreiro, que despues llegaron á generales del ejército nacional.

Antes de concluir este capítulo, diremos que si el general Santa Anna fué muy débil en San Jacinto para poder salvar su vida, en cambio el año de 1838 perdió una pierna en Veracruz rechazando á los franceses mandados por el príncipe de Joinville, y en 1847 se expuso mil veces combatiendo al invasor norteamericano.